

PASTORAL JUVENIL, CUIDADO DE LA/LAS VOCACIÓN/ONES Y COMPETENCIA ADULTA

Don Gustavo Cavagnari, SDB

1. Evangelización, pastoral, discipulado

Sin relativizar otras cuestiones vinculadas al “como”, al “cuándo”, al “dónde” o al “con quién”, la pregunta fundamental en torno a la cual gira la discusión sobre la pastoral juvenil se refiere al “por qué”. *Es, precisamente, el “por qué” lo que ofrece el motivo y define la intención del actuar pastoral.*

En sentido causal, la Iglesia “hace” pastoral porque, simple pero esencialmente, esta acción es un momento constitutivo de la “rica, compleja y dinámica” misión evangelizadora para la cual existe¹. Con el gran mandato del Señor resucitado (Mt 28, 19-20)², la comunidad cristiana ha sido enviada a hacer discípulos de todos los pueblos³. Con este fin, es esencial *proclamar a Jesús y engendrar a la vida de Dios y a la fe cristiana por el bautismo*. Y, sin embargo, no es suficiente. Además, es un deber *reconocer, habilitar y corresponsabilizar* a los que han sido engendrados como hijos; *educarlos, formarlos y enseñarles* a cumplir todo lo que Cristo nos ha mandado; *acompañarlos, guiarlos, cuidarlos y reforzarlos* en los caminos de la vida concreta caminando con ellos. *Es precisamente aquí donde se sitúa la acción pastoral*. Ésta se configura, de hecho, como la dimensión o el ámbito en el que, a partir del testimonio, el anuncio y el sucesivo itinerario catequético-iniciático, se “nutre la fe de los bautizados y se les ayuda en el proceso permanente de conversión de la vida cristiana”⁴. En cuanto *expresión única de la Iglesia*, ¡no hay motivos para pensar que la pastoral juvenil pueda eximirse de esta tarea! ¡No hay excusas que puedan distraer la mirada, por parte de quien trabaja con jóvenes, de esta responsabilidad que es común a toda expresión de pastoral eclesial!

En sentido último, la Iglesia “hace” pastoral, por tanto, *para engendrar discípulos misioneros, seguidores de Jesús* que, como los caminantes de Emaús (cfr. Lc 24, 13-53), con el corazón ardiente por el encuentro con Él, se ponen en camino para convertirse en “operosos evangelizadores” (EG 287) y protagonistas “de una civilización más justa y fraterna”⁵. ¡He aquí el propósito específicamente teológico de la pastoral, también juvenil! ¡He aquí la meta que debería conducir todas sus intervenciones! He aquí el

¹ Cfr. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*: Exhortación apostólica sobre la evangelización en el mundo contemporáneo (8/12/1975), n. 17. De ahora en adelante: *EN*. Para los documentos eclesiales he escogido no indicarlas referencias bibliográficas, sino solo su título y fecha de publicación, considerando que los textos pueden ser encontrados *online*.

² Cfr. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (24/11/2013), n. 19. De ahora en adelante: *EG*.

³ Es interesante notar que la estructura de la frase de Mateo se apoya en el verbo “hacer”, en imperativo, seguido de dos gerundios desconectados, “bautizando” y “enseñando”, que marcan las acciones de los mismos discípulos. Desde esta perspectiva, la evangelización pivota no solo en el dar testimonio del Evangelio y proclamarlo – si bien ambas acciones sean esenciales – sino en el *hacer discípulos*. Cfr. R. FRANCE, *The Gospel of Matthew*, Grand Rapids, Eerdmans, 2007, 1106-1119.

⁴ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la Catequesis*, Città del Vaticano, LEV, 2020, n. 35.

⁵ FRANCISCO, *Christus vivit*: Exhortación apostólica post-sinodale a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios (25/3/2019), n. 174. De ahora en adelante: *ChV*.

horizonte a “tener presente” en vista a “adoptar los procesos posibles” (EG 225. Tiempos, estructuras y modos son, a fin de cuentas, el servicio de este horizonte⁶.

Dicho brevemente, *en la respuesta al por qué “hacer” pastoral con los jóvenes se delinea el perfil mismo de esta acción eclesial*. Ésta se refiere a promover su humanidad, rehabilitar su dignidad, formar su conciencia, acompañarlos de modo que estén en grado de discernir las opciones concretas que hacer en verdad y rectitud, y se comprometan en la vida de modo responsable. Además, se trata de favorecer su crecimiento espiritual. Sobre todo a *anunciar a Jesucristo y las exigencias ineludibles de la vida cristiana, en modo de encauzar y de hacer crecer su discipulado misionero en la Iglesia junto a otros hermanos y hermanas*. ¡Esto es un *unicum* que cualifica!

2. Vocación, vocaciones, discernimiento

2.1. Madurar en el seguimiento

Si la pastoral con jóvenes se configura como “todo lo que la comunidad cristiana hace para ayudar a los jóvenes a asumir y madurar su fe de modo que lleguen a ser auténticos discípulos de Jesucristo”, entonces se entiende⁷ que ésta no puede “*no ser vocacional*” (ChV 254). Vocacional no solo “porque la juventud es la estación privilegiada para las opciones vitales y para la respuesta a la llamada de Dios” (ChV 140) – motivo de *conveniencia antropológica* -, sino también porque si no lo fuese no sería ni siquiera una pastoral digna de tal nombre ni a la altura de su papel en la Iglesia – motivo de *pertinencia eclesiológica* -. *La vocación se presenta como un destino natural, punto de aterrizaje y perspectiva unificadora de todo camino pastoral con jóvenes*. Una pastoral juvenil que no tuviese un alma, una impronta, una intención vocacional, resultaría incompleta.

El tema de la vocación necesita ser pensado en profundidad. Es inútil pretender hacerlo en pocas líneas. A quien trabaja pastoralmente con jóvenes, los documentos del reciente Sínodo del 2018 le ofrecen elementos pertinentes en esta dirección. De hecho, del camino sinodal ha “surgido la necesidad de *cualificar vocacionalmente* la pastoral juvenil”⁸, considerando a todos los jóvenes destinatarios y no menos, sujetos de los procesos completos de camino hacia la vida adulta, de interpretación progresiva en las diferentes dimensiones de la vida y de inserción en la comunidad civil y cristiana. No se puede no poner de relieve, sin embargo, el vigor con el que, en esta línea, “Francisco ha asumido uno de los temas derivados del sentido común como más exclusivos de formas específicas de vida eclesial para hacer de él punto de apoyo de la pastoral juvenil”⁹.

Es evidente que, con tal finalidad, una *visión amplia* de la vocación como *orientación definitiva de la vida marcada por el seguimiento de Cristo* (cfr. ChV 257) es, en el nivel

⁶ Cfr. D. FIELDS, *Purpose-Driven Youth Ministry: 9 Essential Foundations for Healthy Growth*, Grand Rapids, Zondervan, 1998, 17-18.

⁷ J. BECKMAN, «What is Youth Ministry?», in J. BECKMAN – E. GALLAGHER, *Discipleship Focused Youth Ministry*, Columbia, Discipleshipym, 2016, 6.

⁸ SÍNODO DE LOS OBISPOS – XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Documento final* (13/1/2017), n. 16. De ahora en adelante: *DF*.

⁹ Cfr. A. BOZZOLO, «Giovani e scelte di vita: una prospettiva teologica», in M. VOJTÁŠ – P. RUFFINATO (edd.), *Giovani e scelte di vita. Prospettive educative*. Atti del Congresso Internazionale organizzato dall'Università Pontificia Salesiana e dalla Pontificia Facoltà di Scienze dell'Educazione Auxilium (Roma, 20-23 settembre 2018), Roma, LAS, 2019, 391-399: 395.

de los criterios, fundante (cfr. *ChV* 248)¹⁰. Sobre este aspecto hay un enorme trabajo por hacer, porque se trata no solo de modificar un punto de vista enraizado en el imaginario de los agentes de pastoral, sino también de los mismos jóvenes. En este sentido, “la dimensión vocacional de la pastoral juvenil no se comprende de modo exclusivo, sino intensivo”, afirma el Sínodo (*DF* 140); los reafirma el Papa: no en “sentido restrictivo” sino inclusivo¹¹.

Solo en un segundo momento, y como expresión de esta *vocación universalmente unificadora a “seguir a Cristo”* (*DF* 61), se inserta aquella *llamada particular* que Dios dirige a cada uno. Según la tipología habitual, la vocación al *sacerdocio ordenado*, para ser pastores del rebaño de Dios (cfr. *DF* 89); la vocación a la *vida consagrada*, para ser profetas de fraternidad y hacerse cargo de los últimos en las periferias del mundo (cfr. *DF* 88); y la vocación al *matrimonio*, para dar testimonio del Evangelio a través del amor recíproco, la procreación y la educación de los hijos (cfr. *DF* 87). Además, hoy se reconoce que la condición de *single*, si “asumida en una lógica de fe y de don, puede llegar a ser una de los muchos caminos a través de los cuales se actúa la gracia del bautismo y se camina hacia aquella santidad a la que todos somos llamados” (*DF* 90; cfr. *ChV* 267). En todo caso, *en la primera llamada subsisten todas las demás llamadas*. “Las diferentes formas de seguimiento de Cristo expresan, cada a su modo, la misión de testimoniar el acontecimiento de Jesús, en el que cada hombre y cada mujer encuentran salvación” (*DF* 84).

2.2. Profundizar en la propia elección

Comprender cuál sea concretamente la *fisonomía del seguimiento* que cada uno está llamado a asumir es, obviamente, una cuestión de *discernimiento* o, según las palabras del Sínodo, de saber *reconocer e interpretar para escoger* (cfr. *DF* 4).

Por lo que se refiere a la *vocación fundante*, esto es, “seguir a Cristo” (*DF* 61) y “convertirse en sus discípulos y testigos” (*DF* 82), el discernimiento busca, sobre todo, responder a una *pregunta basilica*: ¿Estoy dispuesto a dejarme iluminar y transformar por el gran anuncio del Evangelio, es decir, que Dios me ama, Cristo es mi salvador, Él vive y me quiere vivo? (cfr. *ChV* 134.130.1). Y además, ¿estoy dispuesto a aceptar las consecuencias? De hecho, “lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de todo joven es, en primer lugar, su amistad. *Este es el discernimiento fundamental* (*ChV* 250). No una amistad superficial, fugaz y pasajera, solo emotiva, cómoda y sin particulares dificultades, sino en grado de transformarse en seguimiento. De hecho, como “amigos que se siguen, se buscan y se encuentran”, “lo que Jesús nos propone (a los amigos) que escojamos es un seguirle (a Él)” (*ChV* 290). ¿No es ese el testimonio de la Escritura?

Los discípulos han escuchado la llamada de Jesús a la amistad con Él. Ha sido una invitación que no los ha obligado, sino que se les ha propuesto delicadamente en libertad: “Venid y veréis”, les dijo; y ellos “fueron y vieron donde vivía; y aquel día se quedaron con Él” (*Jn* 1, 39). Después de aquel encuentro, íntimo e inesperado, dejaron todo y se fueron con Él (*ChV* 153).

¹⁰ La cita del *Documento final* se hace eco de la afirmación según la cual, para un cristiano, el encuentro con la persona de Cristo “da a la vida un nuevo horizonte y con ello la dirección decisiva”: BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*: Carta encíclica sobre el amor cristiano (25/12/2005), n. 1. Citada también en *EG* 7.

¹¹ FRANCISCO, *Llamados a edificar la familia humana*: Mensaje para la 59ª Jornada mundial de oración por las vocaciones (8/5/2022).

Por lo que se refiere a cada vocación individual, es decir, la *forma personal de seguir a Cristo* (cfr. DF 82), las preguntas a las que responder se multiplican:

Cuando se trata de discernir la propia vocación, es necesario hacerse preguntas. No se debe iniciar preguntándose dónde se podría ganar más, o donde se podría obtener más fama o prestigio social; ni siquiera se debería comenzar preguntándose cuáles son las tareas que me gustarían más. Para no equivocarse, es necesario cambiar la perspectiva y preguntarse: ¿yo me conozco a mí mismo más allá de las apariencias o de mis sensaciones? ¿Sé lo que da alegría a mi corazón y lo que lo entristece? ¿Cuáles son mis puntos fuertes y mis puntos débiles? Vienen a continuación otras preguntas: ¿cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia? ¿Cuál es mi sitio en este mundo? ¿Qué podría ofrecer yo a la sociedad? Siguen otras preguntas muy realistas: ¿Tengo las capacidades necesarias para prestar este servicio? ¿O bien, podría conquistarlas y desarrollarlas? (ChV 285).

Preguntas éstas que no son suficientes, sino que nos re-envían a otra pregunta decisiva y que solo puede ser entendida en la lógica de una vida que como la de Jesús y de su cuerpo eclesial se sitúa “bajo el signo de la misión” (DF 69):

Estas preguntas deben plantearse no tanto en relación a uno mismo y a las propias inclinaciones, sino sobre todo en relación a los demás, confrontados con ellos, en modo tal que el discernimiento oriente la propia vida en referencia a los demás. Por eso quiero recordar cuál es la gran pregunta: “Muchas veces, en la vida, perdíamos el tiempo preguntándonos: “Pero ¿quién soy yo?”. Tú puedes preguntarte quién eres tú y vivir toda la vida buscando quién eres. Pero pregúntate: “¿Para quién soy yo? Tu eres para Dios, sin duda. Pero Él ha querido que tú seas también para los demás, y ha puesto en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para los demás (ChV 286).

Por tanto, así como el Verbo se ha hecho carne, ha vivido, ha muerto y ha resucitado *por nosotros*, así también quien lo sigue es *para los demás*. Así pues, cada vocación es un “hacer germinar y cultivar todo lo que se es” en vista a la *donación*: “No se trata de inventarse, de crearse a sí mismos de la nada, sino de descubrirse a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser” y “sacar fuera lo mejor de ti mismo para la gloria de Dios y el bien de los demás” (ChV 257). Por eso cuando un joven - como también un adulto - se ve solo a sí mismo en el horizonte, vive patológicamente concentrado sobre sí mismo, trabaja para la propia subsistencia y apuesta todo al desarrollo de las propias potencialidades, esteriliza la vida y se coloca fuera de toda posible dinámica vocacional¹².

Como afirma el Papa, la medida efectiva, moral y espiritual de una persona se expresa sobre todo en aquel “éxtasis que consiste en el salir de ti mismo para buscar el bien de los demás hasta dar la vida” (ChV 163) antes que morir de forma narcisista ahogado en la propia imagen. “Para que la juventud realice su finalidad en el camino de la vida, debe haber un tiempo de donación generosa, de entrega sincera, de sacrificios que cuestan pero que te hacen fecundo” (ChV 108). *¡La vida cristiana es estática pero no inmóvil!*

3. Relación, camino, acompañamiento

Discernir la propia vocación no es para nada fácil. Sujeto a caprichos subjetivos y a errores objetivos, la persona puede encontrarse fácilmente “a merced de las tendencias del momento” (ChV 279). El narcisismo de nuestro tiempo puede obstaculizar la

¹² Cfr. R. SALA, *Pastorale giovanile*, vol. 2: *Intorno al fuoco vivo del Sinodo. Educare ancora alla vita buona del Vangelo*, Leumann, Elledici, 2020, 350.

posibilidad de ponerse delante de Dios y ver la propia vida así como la conoce Él (cfr. *ChV* 280). Una conciencia indolente o indiferente puede inhibir a la persona para reconocer las llamadas de Dios “en la propia experiencia cotidiana, en los sucesos de la historia y de las culturas” en las que se inserta (*ChV* 282). Con fantasías ilusorias, la vida puede alejarse del “verdadero camino” (*ChV* 293). El discernimiento reclama, por eso, “espacios de soledad y silencio” (*ChV* 283) en los que cultivar la oración, la reflexión, la lectura, el buen consejo. En este sentido, el discernimiento presupone también el dejarse acompañar (*ChV* 291).

La pastoral juvenil tiene la tarea específica de ayudar a iluminar la vocación de cada joven, favoreciendo y acompañando el discernimiento. Tal declaración de principio será posible con la condición de que la pastoral se sostenga sobre la *dimensión relacional*, ofreciendo así a los jóvenes la posibilidad de superar la situación de *orfandad* (cfr. *ChV* 216) y de *extrañeza* (cfr. *ChV* 80) en la que viven, gracias precisamente a las modalidades concretas de comunicación, de relación y de cuidado maduro entre las personas.

3.1. *El arte de hacer familia*

Antes que nada, resulta indicativo el hecho de que, hablando sobre la renovación de la pastoral juvenil en clave vocacional, el *Documento final* del Sínodo de 2018 parta de la idea de la Iglesia como “casa que acoge”; un espacio distinto “con un clima de familia hecho de confianza y confidencia”; un lugar en el que, a través de “gestos concretos y proféticos de acogida gozosa y cotidiana” (*DF* 138), se pueda dar “un testimonio real de fraternidad” y hacer llevadera la “exigencia de caminar juntos” (*DF* 128). En definitiva, una comunidad “en la que (los jóvenes y los adultos) puedan descubrir quiénes son y en qué modo están en disposición de ofrecer la propia aportación”¹³.

El redescubrimiento de la índole doméstica de la Iglesia, invita a *poner en el centro la relación afectiva*; sana, auténtica, ordenada, inspirada en el Evangelio (cfr. *DF* 149) y, sin duda, llamada a cualificarse como *relación educativa y evangelizadora* (cfr. *DF* 34). “Sentirse unidos a los demás más allá de vínculos utilitaristas o funcionales”, hace “sentir la vida un poco más humana”, permite “que la profecía (de la fraternidad) tenga cuerpo y haga nuestras horas y nuestros días menos inhóspitos, menos indiferentes y anónimos”, y crea “relaciones fuertes” (*ChV* 217). Estar con los demás de forma *atenta, consciente, despierta*, se encuentra directamente en oposición respecto de la indiferencia que a menudo nos rodea; *cuando nos encontramos, nos reconocemos y nos reconocen*.

Crear un *ambiente familiar* en el que cada uno pueda sentirse acogido, motivado, animado y estimulado (cfr. *ChV* 243) y desarrollar “esa *trama de relaciones* que puede sostener a la persona en su camino y proporcionarle puntos de referencia y de orientación” (*DF* 92) concierne a *toda la comunidad eclesial* (cfr. *EG* 106). La pastoral con los jóvenes se refiere, de hecho, no solo a los más implicados o a las personas expertas o dedicadas, sino a todos y a cada uno.

La comunidad cristiana percibe como tarea suya el *contribuir a generar estilos de encuentro y comunicación*. Lo hace, sobre todo, en el ámbito interno; a través de las relaciones interpersonales, atenta a cada persona. Comprometida en *no sacrificar la calidad de la relación personal* en la eficiencia de los programas, la comunidad eclesial

¹³ C. CLARK, «The Adoption View of Youth Ministry», in C. CLARK (ed.), *Youth Ministry in the 21st Century. Five Views*, Grand Rapids, Baker Academic, 2015, 73-90: 85.

considera que el promover relaciones maduras, capaces de escucha y reciprocidad, son un testimonio del amor de Dios¹⁴.

Y aun así, hemos de constatar que “hacer casa” no es un arte fácil de asimilar¹⁵. Significa colocar el propio baricentro fuera del propio yo y de las necesidades personales; comprender la propia vida en la óptica del servicio; superar el propio egocentrismo; separarse del repliegue sobre sí mismo y abrirse totalmente a una disponibilidad. Desde esta perspectiva, la familiaridad es más que un simple *stile*; es un *affectus* maduro, purificado a través del camino de la renuncia y teologalmente fecundado.

3.2. *El arte del acompañamiento personal*

El n. 97 del *Documento final* propone el *acompañamiento personal en vista al discernimiento vocacional* como un proceso que quiere ayudar a la persona a integrar progresivamente las varias dimensiones de la vida, a interpretarlas en una óptica de fe, a reconocer en ella lo que el Espíritu sugiere, y a tomar decisiones en la perspectiva del discipulado (cfr. EG 169-173).

No pudiendo profundizar en cada uno de los particulares del acompañamiento, parémonos sobre dos aspectos que hemos indicado más arriba: su *calidad espiritual* y su *carácter personal*¹⁶.

a) Que el discernimiento sea *espiritual* significa que éste pretende ayudar a la persona acompañada a “reconocer, a la luz del Espíritu, aquella llamada que Dios hace resonar en la misma situación histórica” y a través de la cual “Dios llama al creyente” (EG 154). En este sentido, el acompañamiento es una realidad de tal *densidad pneumatológica* que, sin excluirlas (cfr. DF 99), se distingue – sin embargo – “de otras formas de acompañamiento personalizado como *counseling, coaching, mentoring, tutoría*”¹⁷ u otros tipos de ayuda¹⁸.

Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe conducir siempre hacia Dios, en el que podemos alcanzar la verdadera libertad. (...) El acompañamiento sería contraproducente si llega a convertirse en una especie de terapia que refuerza esta clausura de las personas en su inmanencia y deja de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre (EG 170).

¹⁴ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, «*Rigenerati per una speranza viva*» (1 Pt 1,3): *testimoni del grande «sì» di Dio all'uomo*: Nota pastorale dopo il 4° Convegno Ecclesiale Nazionale (29/6/2007), n. 23. La cursiva es mía.

¹⁵ Cfr. N. DAL MOLIN, «Missionarietà è... “prendersi cura degli altri”», en *Vocazioni XXV* (2008) 2, 6-13.

¹⁶ Cfr. M.A. GARCÍA, «L'accompagnamento personale nella proposta educativo-pastorale salesiana», in F. ATTARD – M.A. GARCÍA (ed.), *L'accompagnamento spirituale. Itinerario pedagogico spirituale in chiave salesiana al servizio dei giovani*, Torino, Elledici, 2014, 261-282: 265-266.

¹⁷ SINODO DE LOS OBISPOS – XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Instrumentum laboris* (8/5/2018), n. 124.

¹⁸ No obstante las diferencias, entre el crecimiento espiritual, el acompañamiento espiritual y la dimensión psicológica de la persona hay una interrelación que no debe ser descuidada. Cfr. G. MAZZOCATO, *Scienze della psiche e libertà dello Spirito. Counseling, relazione di aiuto e accompagnamento spirituale*, Padova, Messaggero/FTTR, 2009.

- b) En lo que se refiere al segundo elemento, se pone de relieve que el diálogo y la propuesta de crecimiento son organizados en torno al sujeto acompañado. El acompañante, más que atraer al otro hacia sí, asumiendo “actitudes posesivas y manipuladoras que crean dependencia y no libertad en las personas” (DF 102), busca entrar en la “tierra sagrada del otro” (cfr. Ex 3, 5) “con una mirada respetuosa y compasiva” (EG 169; ChV 67) para ayudarlo a descubrir cómo obedecer a las mociones del Espíritu Santo mencionadas más arriba.

A quien quiere “ayudar a otro a discernir el camino de su vida” (ChV 29), el Papa – recuperando las intervenciones de los mismos jóvenes y algunas indicaciones del *Documento final* (cfr. 70, 77, 97, 102, 103) – vuelve a proponer sintéticamente el perfil general de un buen acompañante: un cristiano fiel comprometido en la Iglesia y en el mundo; en continua búsqueda de su santidad; capaz de escuchar activamente; lleno de amor y de conocimiento de sí mismo; consciente de los propios límites y del hecho de ser un pecador perdonado; experto en la vida espiritual, sin creerse o que otros los crean perfecto; en grado de guiar a los jóvenes caminando a su lado y consintiéndoles ser participantes activos; respetuoso de su libertad, convencido de su capacidad y confidente en sus recursos; cultivador de semillas de fe en los jóvenes, sin esperarse ver enseguida el fruto de la obra del Espíritu Santo; formado sólidamente y comprometido permanentemente en el crecimiento personal (cfr. ChV 246).

Sobre el tramo de la *escucha activa*, el Papa Francisco señala tres sensibilidades a tener presente:

- a) La primera atención es *a la persona y a lo que ella dice*. Se trata de escuchar al otro que se está dando a sí mismo en sus palabras. En el tiempo del coloquio, quien es acompañado tiene que percibir que es escuchado sin condicionamientos, ni juicios, ni aburrimiento. La escucha atenta, compasiva y desinteresada indica el valor que la otra persona da al acompañante, más allá de sus ideas o de sus opciones vitales (cfr. ChV 292).

Acompañar es un proceso en el que no se ofrece simplemente oír, sino escuchar. Es un proceso que pide, a quien acompaña, una implicación total en una escucha contemplativa, que no busca ofrecer respuestas preconcebidas, sino facilitar al joven el propio camino de descubrimiento de sí mismo¹⁹.

- b) La segunda atención es *a lo que el otro “quiere” decir con lo que dice*, o que pretende que se comprende a partir de lo que está sucediendo. En los temas tratados, ritmados por los afectos, el acompañante está llamado, en primer lugar, a discernir entre las mociones del Espíritu bueno y las del

¹⁹ L. GRECH, *Accompanying Youth in a Quest for Meaning*, Bolton, Don Bosco Publications, 2019, 141.

espíritu malo, entre sus engaños y sus seducciones (cfr. *ChV 293*). Es necesario tener la valentía, junto al afecto y a la delicadeza necesarios, de ayudar a la otra persona a reconocer la verdad, las mentiras o los pretextos de su vida. De hecho, un buen acompañante no actúa con “falsas indulgencias” (*DF 102*). Ni tampoco es fatalista. Por una parte invita siempre a levantarse, a querer curarse, a abrazar la cruz, a salir siempre de nuevo. Por otra, aunque conozca la situación real de los jóvenes y no fuerce las etapas, *no menoscaba la “cota alta” de la vida cristiana que es la santidad*²⁰.

- c) La tercera atención es *a los impulsos que el acompañado experimenta proyectándose hacia adelante*. Más allá de lo que siente y piensa en el presente y de lo que ha hecho en el pasado, la atención está puesta en lo que uno quisiera ser. El acompañante está llamado en esta fase de la escucha a ayudar al otro a mirar, no tanto lo que le gusta o desea superficialmente, sino a lo que es más agradable al Señor. En este sentido *quien acompaña no asiste simplemente al crecimiento, sino que orienta hacia pasos concretos, posibles, capaces de abrir horizontes nuevos para la persona*.

Finalmente, el acompañamiento de las nuevas generaciones no es opcional, sino un deber de todo adulto y un derecho de cada joven. Ninguna experiencia, reunión, curso o dinámica de grupo puede ocupar el lugar de este encuentro interpersonal que tiene una identidad específica. Por desgracia, nos damos cuenta de que la comunidad cristiana en su conjunto está poco dispuesta con personas preparadas para acompañar.

4. Adultez, intergeneracional, generación

En lo que se refiere al acompañamiento, desde el principio y de manera ininterrumpida, el Sínodo 2018 ha subrayado la necesidad de los jóvenes de poder contar con adultos “que sean referentes” (*DF 71*), “bien formados” (*DF 97*), “disponibles y capaces” (*DF 71*) tanto para escuchar como para educar y acompañar a lo largo del camino de la maduración²¹. A continuación, también el Papa dedicó a la figura del adulto algunas reflexiones de su Exhortación. Lo que ponen de relieve estos y otros párrafos es, en cualquier caso, no solo la falta de adultos cualificados para el acompañamiento de los jóvenes, sino de “adultos *tout court*” (*IL 14*).

4.1. Un tiempo sin adultos

Se ha señalado que los jóvenes, con sus sensibilidades, esperanzas, interrogantes, reacciones, preferencias, modos de comprometerse, etc. “hacen más fácilmente perceptibles los cambios en acto en nuestra época a nivel social, cultural, antropológico”²². Esto vale, incluso, también para los adultos. También ellos, aunque en

²⁰ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*: Carta apostólica al término del Gran Jubileo del año dosmil (6/1/2001), n. 31.

²¹ Cfr. A. GRÜN, *L'arte di diventare adulti. In dialogo con i giovani*, Milano, Paoline, 2011, 45.

²² G. COSTA, «Entrevista», en *Misión joven* LIX/510-511 (2019) 6, 17-27: 23.

modo diferente a los jóvenes, son una alarma de la temperatura de nuestra época. Incluso los que tienen la responsabilidad de ser educadores, pastores o acompañantes, resienten los cambios culturales en acto. Como diría un autor: los adultos de hoy no son los de otros tiempos. ¿Qué está ocurriendo?

Si un adulto es alguien que intenta asumir las consecuencias de sus actos y de sus palabras – es una definición que siento que puedo proponer más allá de su descripción en el registro civil – no podemos sino constatar un fuerte declino de su presencia en nuestra sociedad. (...) Los adultos parecen haberse perdido en el mismo mar en el que se pierden sus hijos, sin ninguna distinción generacional²³.

Este nuevo retrato del adulto exalta el mito de Peter Pan, el triunfo de la inmadurez, el culto de la infancia: “los adultos son empujados a conservar su juventud, a “pensar como jóvenes”, a comportarse y vestirse como chicos. El niño se ha impuesto como paradigma de un ser ideal”²⁴. Ese, en su densidad, nos confronta con una realidad de nuestro tiempo que, entre otras cosas, ha sido reconocida durante el último camino sinodal. Por un lado, es verdad que algunos adultos han quedado prisioneros de los modelos autoritarios que condicional la acogida de parte del mundo de los jóvenes. Por otro, sin embargo, muchos más adultos han perdido la credibilidad porque han sido afectados por el problema del adulto eternamente joven²⁵, de la locura de querer ser jóvenes para siempre²⁶, de una especie de adultez adolescente²⁷, haciéndose incapaces de “transmitir los valores fundantes de la existencia” y “dándole la vuelta a la relación entre generaciones” (*ChV 80*). Los primeros se comportan como jefes (cfr. *DF 54*); los demás, o se presentan como aliados, cuando en realidad son manipuladores posesivos y seductores (cfr. *DF 71*), o actúan como rivales²⁸, o simplemente se quedan como espectadores marginales (cfr. *DF 34*).

Adultos-así-no adultos no tienen nada que enseñar a los jóvenes: la educación termina, allí donde el adulto interpreta la propia existencia no ya como un camino en la potencia de lo humano que también se dirige hacia la muerte, sino como un continuo vivir “contramano”, para volver atrás, para bloquear el reloj biológico, para recuperar el paraíso perdido²⁹.

²³ M. RECALCATI, «Dove sono finiti gli adulti», en *La Repubblica* (19 febbraio 2012).

²⁴ F. CATALUCCIO, *Immaturità. La malattia del nostro tempo*, nuova ed., Torino, Einaudi, 2014, 6. En términos psicoanalíticos, el mito de Peter Pan se refleja en el síndrome del mismo nombre. Cfr. D. KILEY, *The Peter Pan Syndrome. Men Who Have Never Grown Up*, New York, Dodd, Mead & Company, 1983; G. CUCCI, *La crisi dell'adulto. La sindrome di Peter Pan*, Assisi, Cittadella, 2012.

²⁵ Además de los libros ya citados, sobre los deseos de ser joven al ultranza en el mundo adulto, se pueden consultar: F. BONAZZI – D. PUSCEDU, *Giovani per sempre. La figura dell'adulto nella postmodernità*, Milano, Franco Angeli, 2008; G. ZAGREBELSKY, *Senza adulti*, Torino, Einaudi, 2016; A. MATTEO, *Tutti giovani, nessun giovane. Le attese disattese della prima generazione incredula*, Milano, Piemme, 2018.

²⁶ El ideal del *iuvenis aeternus* refleja la imagen del *puer aeternus*, arquetipo “junguiano” del hombre que se niega a crecer, a afrontar los desafíos que la vida le pone por delante, y que en lugar de resolver los problemas se queda esperando. Cfr. C. JUNG – K. KERÉNYI, *Prolegomeni allo studio scientifico della mitologia*, Torino, Boringhieri, 1972, 102-138; M.-L. von FRANZ, *L'eterno fanciullo. L'archetipo del puer aeternus*, Como, Red, 2009.

²⁷ En este caso, el término se refiere a los adultos que no logran encontrar el sentido de la etapa de la vida que están viviendo e intentan, de diversos modos, volver atrás, buscando parar la amenaza ineludible del tiempo que pasa. Como sostiene Peter Beilharz, «hoy nadie parece querer crecer más, especialmente los que ya no son jóvenes. Nos comportamos como niños, también nosotros los adultos». Prefazione a H. BLATTERER, *Coming of Age in Times of Uncertainty*, New York, Berghahn, 2007, IX-XI: IX.

²⁸ Cfr. FRANCESCO, *Dio è giovane. Una conversazione con Thomas Leoncini*, Casale Monferrato, Piemme, 2018, 32.

²⁹ A. MATTEO, «Onora l'adulto che è in te», in *Note di Pastorale Giovanile* (2020) 7, 11-42: 28.

Hemos llegado así a una situación peculiar: si es verdad que algunos jóvenes piensan que los adultos son “un pasado que ya no cuenta” (*ChV 201*), *la mayor parte de ellos no rechaza la confrontación con los mismos adultos*. Sin duda, es natural que los jóvenes busquen distanciarse de los adultos, de defender los espacios propios de su injerencia, de sostener un propio “acercamiento a la realidad con trazos específicos” no obstante esto pueda “generar y perplejidad en los adultos” (*IL 26*)³⁰. Sin embargo, esto no significa que los rechacen. Es más, investigaciones y experiencias documentan *en los jóvenes la necesidad creciente de adultos que quieran ejercitar su rol*, la disponibilidad a aceptar ideas capaces de ofrecer sentido a la vida, la apertura para acoger propuestas caracterizadas por instancias claras de radicalidad y de responsabilidad³¹.

El *punctum dolens* es, pues, por una parte, “la liquidación de la edad adulta” (*IL 14*) – no se llega nunca, se muere siempre jóvenes – y, por otra, la identificación generalizada con la que estos adultos “juveniles” viven la relación con los jóvenes reales. Por eso, los jóvenes se encuentran viviendo a menudo en una sociedad que ama la juventud más que los mismos jóvenes. De hecho, “la juventud asume valor de modelo para la existencia entera”³². Pero tomar la juventud como modelo significa “que los adultos quieren robar la juventud para sí mismos, no es tanto que respeten, amen a los jóvenes y tengan cuidado de ellos” (*ChV 79*). Los jóvenes están solos.

Se comprende, pues, la necesidad de crear *nuevas alianzas entre los jóvenes y los adultos*, pensando en el modo adecuado de *restablecer una relación positiva entre las diferentes generaciones*. Si la sabiduría de la vida se transmite y se recibe “de generación en generación” (*ChV 190*), a la sociedad no “le servirá nunca la ruptura entre generaciones” (*ChV 191*). Por desgracia, el enfatizado y fácilmente aceptado alejamiento entre el mundo adulto y el mundo juvenil nos ha hecho perder de vista que tanto la juventud como la adultez “están obligados a encontrarse”³³. Esta tarea:

- a) presupone, antes que nada, que las dos edades se descubran como estadios, aunque diferentes, de la única condición humana, más que compartimentos estancos. En otras palabras, hay que *recuperar la continuidad de la vida*³⁴.
- b) Además, reclama restituir un “específico atractivo y una dignidad moral a la ambición de ser adultos”³⁵, darle de nuevo sentido a la función adulta, arrojar alguna luz de verdad y de esperanza sobre esta condición³⁶. Con esta finalidad, es necesario un nuevo elogio del adulto, tanto eclesial como civilmente.

³⁰ Quando la distanza si fa insormontabile e finisce per rinchiudere i giovani in «una sorta di rifugio inaccessibile agli adulti» (*IL 36*), una tale situazione provoca tuttavia frustrazione, perché ai giovani stessi vengono a mancare l'appoggio e l'orientamento necessario da parte di coloro che hanno già vissuto la giovinezza, ne hanno sperimentato le crisi e superato le difficoltà, e oggi si trovano più o meno serenamente a vivere l'età adulta. Cfr. Z. MONTALDI, *Juventudes. ¿Hay algo más que decir?*, Buenos Aires, Stella, 2017, 35.

³¹ Confrontarse con los adultos no significa, sin embargo, estar de acuerdo con ellos, o tanto menos aceptar lo que proponen en virtud de su autoridad. Sobre algunas cuestiones, la palabra de los adultos resulta, de hecho, todavía lejana (cfr. *IL 165*).

³² M. GAUCHET, *Il figlio del desiderio. Una rivoluzione antropologica*, Milano, Vita e Pensiero, 2010, 44.

³³ P. SEQUERI, «Ricucire un'alleanza. Oltre la retorica della “condizione giovanile”», in *Il Regno/Attualità* LXII/1270 (2018) 2, 8; cfr. su introducción en SERVIZIO PER I GIOVANI E L'UNIVERSITÀ DELL'ARCIDIOCESI DI MILANO (ed.) *Giovane e poi? Vocazione e accompagnamento spirituale*, Milano, Centro Ambrosiano, 2017, 10.

³⁴ Cfr. D. DANESI, *Forever Young. The Teen-aging of Modern Culture*, Toronto, University of Toronto Press, 2003, 120.

³⁵ P. SEQUERI, *Contro gli idoli postmoderni*, Torino, Lindau 2011, 23.

³⁶ Cfr. C. SAINT GERMAIN, *Adulto se busca. Asesoría y acompañamiento en pastoral con jóvenes*, Buenos Aires, Don Bosco, 2019, 35-66.

- c) A continuación, y con tal de que se hayan dado pasos adelante respecto a cuanto hemos dicho, es necesario *relanzar el papel de adultos creíbles en la educación de los jóvenes*.
- d) Finalmente, se pide preguntarse “*cómo se crea este eje sin mortificar la condición juvenil, que necesita hacer sus propias experiencia y encontrar su propio camino*”³⁷.

Respecto a todo esto, la Iglesia debe jugar su propio partido. Mucho más cuando la actual situación cultural solicita a la comunidad eclesial *invertir, además de en los jóvenes, en los adultos*. Los adultos, de hecho, deberían ser los que ponen de relieve la dimensión axiológica de la vida y la promueven entre los jóvenes mediante una verdadera y propia ósmosis de los valores. Los adultos deberían ser “lo que, mediante la experiencia, tienen sus facultades ejercitadas para distinguir el bien del mal” (Heb 5, 14); es más, deberían ser *los que se han ejercitado en la elección del bien y el rechazo del mal*.

La opción de invertir en los adultos:

- a) Connota la urgencia de *relanzar su función como sujeto indispensable de la pastoral juvenil*, en cuanto testigo, si bien no perfecto, de una vida vivida; y propuesta, si bien crítica, de un modo de vida cristiana. Además,
- b) Presupone que *se privilegie, por cuanto sea posible, los ámbitos de intervención y los modelos relacionales intergeneracionales con una fuerte impronta educativa*.

He aquí el trabajo que corresponde a los hombres y las mujeres de Iglesia que han aceptado en serio entregarse por la vida buena de los jóvenes: recolocar a los adultos y a los viejos a la altura del propio perfil de personas capaces de un amor verdadero... hacia los jóvenes. Un amor que encuentra su ley elemental, en el hacer de adultos cuando se es adulto y de viejo cuando se es viejo³⁸.

Ciertamente, “si lo significativo de la propuesta cristiana dependiese solo de la coherencia de la comunidad adulta, el partido se habría perdido desde el principio”. Y sin embargo, aunque con límites, la tarea de la componente adulta de la comunidad cristiana será siempre la de “saber indicar (al joven) incluso lo que no tiene y que, quizás, le cuesta asumir”³⁹.

4.2. Los procesos de la generación

Cuando el *Documento final* habla de los “adultos con autoridad moral”, los define como personas con *auctoritas* y, por tanto, depositarios de una “fuerza generativa” (DF 71). No podía ser de otra manera. La generación es, precisamente, una de las cualidades que el psicólogo Erik Erikson presenta como distintiva de la edad adulta. La generación absorbe en sí misma los caracteres de la *procreación*, de la *productividad* y de la *creatividad*, y se expresa en la virtud del *cuidado*, “una forma de compromiso” en relación a las personas, a los productos y a las ideas generadas⁴⁰. Al contrario, ésta se opone a la *preocupación exclusiva de sí mismo*, que conduce al estancamiento.

³⁷ Cfr. SEQUERI, *Ricucire un'alleanza*, 9. La cursiva es mía.

³⁸ A. MATTEO, «Quando i giovani possono fare i giovani. Piccola nota sul dialogo intergenerazionale», en *Rivista del Clero Italiano C* (2019) 2, 145-155: 155.

³⁹ C. AVOGRADI – P. CARRARA, «Nel terreno dell'inestimabile. La pastorale giovanile tra realismo e determinazione. II», en *Rivista del Clero Italiano C* (2019) 1, 24-37: 33.

⁴⁰ Cfr. E. ERIKSON, *I cicli della vita. Continuità e mutamenti*. Nueva ed. con un capítulo de Joan Erikson, Roma, Armando, 2018, 85.

En relación a las personas, las psicólogas italianas Margherita Lanza y Elena Marta puntualizan que la generación está constituida por tres dinamismos: más allá de la *procreación / concepción y del cuidar, el dejar que se vaya / saber irse*⁴¹. Intentamos interpretar sus aportaciones en términos pastorales.

A partir de la existencia de un fundamento psicobiológico hacia la procreación, conquistado durante la etapa de la juventud, pero seguramente superando una interpretación meramente orgánica, *el adulto generativo asume y acompaña el movimiento de “otra vida”, acrecienta su fuerza y la “pare”, haciendo que ésta “vea la luz”*.

Según la lógica de la transición típica de la procreación, la vida que se acompaña precede, atraviesa y supera la del sujeto generador. Por eso, *el adulto generativo solo puede ser tal en la medida en la que reconoce la indisponibilidad del otro*. Aunque el camino realizado juntos esté marcado por una saludable cercanía, el otro es siempre “el otro” y no me pertenece.

Fortalecer y hacer ver la luz, no es suficiente. La generación no es un acontecimiento que se concluye con el parto. *La generación es una acción iterativa que, en cuanto tal, le da continuidad al nacimiento con el cuidado y la educación*⁴². La educación de lo humano y la educación del cristiano. A través de la educación, la Iglesia que ha parido hijos en el bautismo – el segundo nacimiento –, los genera “de nuevo” hasta que Cristo se haya formado en ellos (Gal 4, 19) - ¡El tercer nacimiento!

De hecho, *la pastoral no es generativa sin educación ni habilitación a la vida del discípulo*. Existe un nexo estrecho entre el introducir a alguien en el mundo y educar a vivir como cristiano en el mundo. La generación que no continúe con el acto educativo desacredita la promesa hecha al hijo en el momento en que ha sido puesto en el mundo⁴³. La relación educativa se inserta en el acto generativo, y la vida entregada se aprende a vivirla en la experiencia de ser hijos, en relación con los padres o, en sentido amplio, con los adultos, testigos y pedagogos de una vida vivida⁴⁴. Precisamente por esto, *quien quiere educar a un joven para vivir en el mundo como cristiano, debe saber cómo habitar el mundo como cristiano*⁴⁵.

En el cumplimiento de esta tarea, *el adulto generativo reconoce la valiosa originalidad de cada persona y la acompaña con creatividad*. Dios “nunca hace crecer a una persona del mismo modo que a otra. Dios es un artesano, no un productor en masa. Ahora es tu turno (...) también el crecimiento espiritual es artesanal, no es una producción en bloque. Dios no hace hábitos de una única talla”⁴⁶.

⁴¹ Cfr. M. LANZA – E. MARTA, «La transizione all'età adulta e le relazioni intergenerazionali», in D. BRAMANTI (ed.), *La famiglia tra le generazioni*. Atti del XVI Convegno del Centro studi e ricerche sulla famiglia (Milano, 13-14 ottobre 2000), Milano, Vita e Pensiero, 2001, 197-212.

⁴² Cfr. M. SEMERARO, *Per una pastorale generativa. Il cammino di rinnovamento della Iniziazione cristiana*, Albano Laziale, Mithras, 2014, 190.

⁴³ Cfr. G. ANGELINI, *Il figlio: una benedizione, un compito*, Milano, Vita e Pensiero, 2006, 188.

⁴⁴ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Educare alla vita buona del Vangelo: Orientamenti pastorali per il decennio 2010-2020* (4/10/2010), n. 27.

⁴⁵ Cfr. FRANCESCO, «Messaggio ai partecipanti al CG28» (4/3/2020), in *Atti del Consiglio Generale CII/433* (2020), 55-65: 58.

⁴⁶ Cfr. FRANCESCO, «Messaggio ai partecipanti al CG28» (4/3/2020), in *Atti del Consiglio Generale CII/433* (2020), 55-65: 58.

Finalmente, dejar irse. Con el parto la nueva vida deja el seno materno y, al mismo tiempo se le deja ir. Es la condición para continuar viviendo. Si se ha generado algo nuevo, en el mismo momento en el que el generado tiene forma, éste inicia a vivir la propia vida, con una identidad propia y un significado propio. Por eso, *dejar que se vaya no es externo al acontecimiento generativo, sino interno al mismo: es más, es la condición para que, quien venga detrás de nosotros, pueda recoger la herencia.*

El verdadero sentido de la existencia humana – el misterio que nos hace hombres – no está en la autoreferencialidad de la propia existencia, sino que reside en los singulares, cotidianos y ordinarios actos con los que se entrega el mundo a algún otro (...) Quizá la gratitud que los adultos lamentan que no perciben de parte de los jóvenes tiene aquí su raíz. ¿Se puede restituir lo que no se ha recibido o ha sido transmitido de modo ambiguo, apático, o dado por sentado? ⁴⁷.

Al mismo tiempo, el adulto toma conciencia del hecho que, *más allá de hacer experimentar al joven la necesidad de la personal proximidad testimonial, el dinamismo de la vida y del acompañamiento le conduce, también a él, a partir en lugar de quedarse.* Todo acto de generación incluye la despedida. En una perspectiva generadora, la expresión “levantar la tienda” tiene la ventaja de recordarnos que somos necesarios y útiles pero no indispensables ni insustituibles. El verdadero educador – en la fe o no – es quien, en el momento oportuno sabe hacerse a un lado o dar un paso atrás para dejar sitio, tanto al Señor y a su misteriosa pero eficaz presencia, como al sujeto que camina solo. Quien intenta monopolizar de modo posesivo la relación con el joven, descartando a Dios y a los demás, presta un pésimo servicio; porque encadena a los jóvenes a sí y no al Señor y a la comunidad.

En síntesis: el *Documento preparatorio* del Sínodo del 2018, antes de hablar de las personas de referencia (padres, pastores, maestros y otras figuras educativas), traza una especie de perfil y de contra perfil del adulto que no ha perdido su relevancia:

El rol de los adultos dignos de confianza, con los que entrar en una alianza positiva, es fundamental en todo camino de maduración humana y de discernimiento vocacional. Son necesarios los creyentes creíbles, con una clara identidad humana, una sólida pertenencia eclesial, una visible calidad espiritual, una vigorosa pasión educativa y una profunda capacidad de discernimiento. A veces, en cambio, adultos no preparados e inmaduros tienen a actuar de modo posesivo y manipulador, creando dependencias negativas, fuerte malestar y graves anti-testimonios, que pueden llegar hasta el abuso (DP III/2).

¡No es poco lo que está en juego!

5. Conclusión

En un contexto descristianizado como el nuestro y con procesos de educación en la fe raros y evanescentes, proponer cursos, retiros y todos lo que queramos, con un sello exclusivamente vocacional, sino es *dentro de un proceso más amplio de formación*

⁴⁷ F. STOPPA, *La restituzione. Perché si è rotto il patto tra le generazioni*, Milano, Feltrinelli, 2011, 15.

cristiana y no como un *spot* en sí mismo, no solo es una operación inútil, sino que es peligrosa⁴⁸.

El acto de “fabricar” vocaciones, sin la experiencia de un encuentro relevante de fe con el Señor, de un acto de apertura a aquel impacto y de conversión a partir de él, y de un itinerario de vida que lo traduzca, solo puede producir desastres, entre los cuales “no por último los escándalos y los abusos practicados por ministros y agentes separados, manchados, divididos entre ministerio y realidad personal no resuelta”⁴⁹.

El camino maestro para una pastoral vocacionalmente fecunda es, por tanto, el de la *gestación y la educación a la vida cristiana integralmente entendida*. Esto quiere decir practicar y proponer itinerarios cristianos y eclesiales que traduzcan el camino que va del *kerygma* a la vida nueva; allí y solo allí podrá florecer *por virtut propria* el fruto del discernimiento vocacional en sintonía con todo lo que es cristiano.

Los agentes de pastoral vocacional deberán ocuparse de este proceso, no sectorialmente, sino orgánicamente, con toda la comunidad eclesial. Entre ellos, los adultos son llamados a ser significativos en su identidad y en su rol de testigos que proponen modalidades de vida humana y cristiana.

14 ⁴⁸ F. ROSINI, «Innescare la vita. Dal *kerygma* al discernimento vocazionale», en *Vocazioni XXXIX* (2022) 3, 10-17: 17.

⁴⁹ F. ROSINI, «Innescare la vita», 17.